



EL ACCESO A LA POESÍA COMO UNA TECNOLOGÍA DE LA ATENCIÓN. LA PALABRA POÉTICA EN LAS AULAS.

Laura Escudero Tobler

 **la educación**
nuestra bandera

**Plan nacional
de lecturas**



Ministerio de Educación
Argentina

Presidente

Dr. Alberto Fernández

Vicepresidenta

Dra. Cristina Fernández de Kirchner

Jefe de Gabinete de Ministros

Dr. Juan Luis Manzur

Ministro de Educación

Lic. Jaime Perczyk

Unidad Gabinete de Asesores

Prof. Daniel José Pico

Secretaría de Educación

Dra. Silvina Gvirtz

Subsecretario de Educación Social y Cultural

Lic. Alejandro Horacio Garay

Coordinadora del Plan Nacional de Lecturas

Natalia Porta López

Equipo Plan Nacional Lecturas:

Diseño y diagramación: Elizabeth Sánchez

Gestión de derechos: Verónica Varela

Corrección y asistencia editorial: María Aranguren

EL ACCESO A LA POESÍA COMO UNA TECNOLOGÍA DE LA ATENCIÓN. LA PALABRA POÉTICA EN LAS AULAS.

Laura Escudero Tobler

Conferencia compartida en el
Encuentro Federal de Referentes de
Planes de Lecturas, 24 de noviembre de 2022,
Palacio Sarmiento.

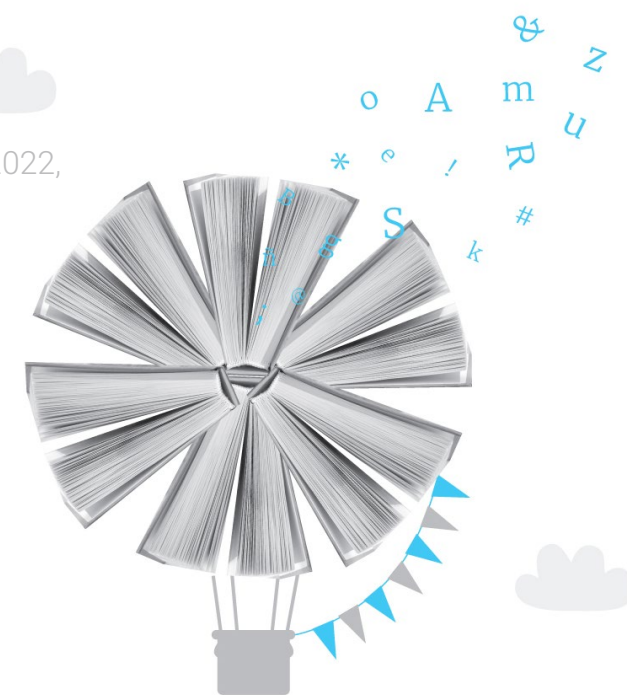
“No tenía a nadie que me ayuda-
ra, pero T. S. Eliot me ayudó.

Por eso cuando la gente dice que
la poesía es un lujo, o una opción,
o para las clases medias cultas, o
que no se debería leer en el colegio
porque es irrelevante, o cualquiera de esas
extrañas tonterías que se dicen sobre la poesía y el lugar
que ocupa en nuestras vidas, sospecho que a la gente que
las dice le ha ido bastante bien. Una vida dura necesita dura
necesita de un lenguaje duro, y eso es la poesía. Eso es lo
que ofrece la literatura: un idioma suficientemente podero-
so para contar cómo son las cosas.

No es un lugar donde esconderse. Es un lugar donde en-
contrar.”

Por qué ser feliz cuando puedes ser normal

Jeanette Winterson



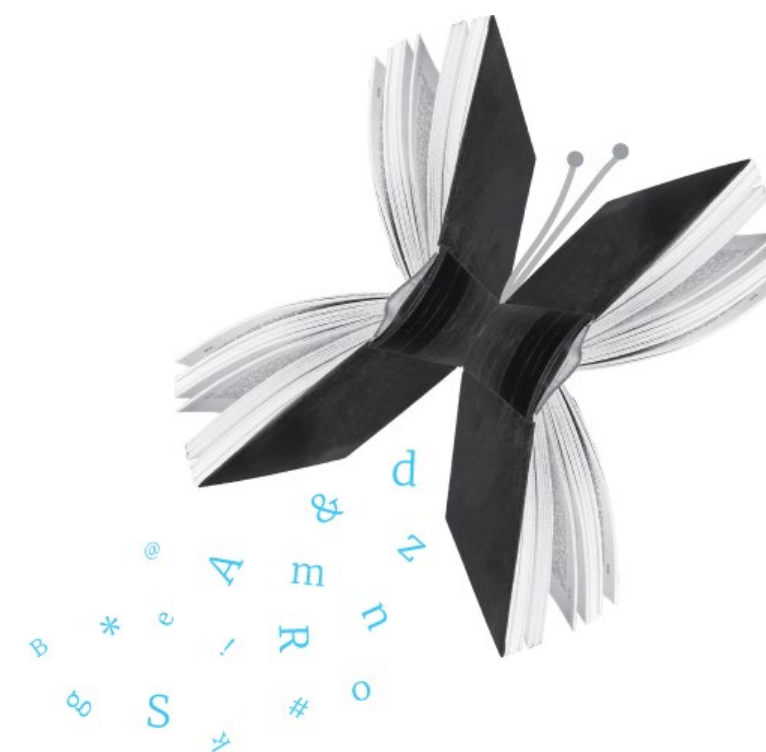
La vida de las palabras o cómo cazar insectos

1. ¿Qué es una palabra?

Una palabra es un sonido en el aire que sale de un cuerpo con ánimo de pescar una micromolécula de mundo y en el momento en que la capturó, esa micromolécula de mundo cambió y lo que la palabra nombra, es otra cosa.

La permanencia es una idea fuerte para el pensamiento occidental. Nos encanta creer que las cosas quedan fijas en el tiempo. Colgamos palabras de la soga con un broche a cada lado para que no se vuelen. Es buen negocio, la real academia española cobra peaje por usarlas.

Cuando era chica y vivía cerca del monte me gustaba cazar mariposas. Quería aprender algo del sigilo y algo de la vida y su fragilidad. Amaba entrar en los yuyales, esperaba el momento en que una mariposa se acercaba a una planta para atenazar con patitas como estambres el corazón de una flor que no era tan distinta de la mariposa, los pétalos tenían la misma vocación aérea que las alas solo que se movían a otra velocidad. Con distintas secuencias rítmicas. Los movimientos de los pétalos eran imperceptibles. La mariposa, entonces, bajaba la frecuencia, abría y cerraba las alas más lentamente cada vez, se acompasaba a la respiración de la planta, se hacía parte de ella. También yo tenía que entrar en ese ritmo, en esa respiración, en esa relación con la sombra y con la luz para atraparla. Me entrené en el arte de esperar, entendí que si le tocaba las alas un polvo brillante quedaba adherido a la punta de los dedos de mi mano y la mariposa perdía equilibrio, se volvía torpe, no podía volar. Supe que esa vida de insecto quedaba ligada a mi vida. Supe que la muerte era una posibilidad. Aprendí que hay una técnica de la delica-



deza que propicia la vida, que si la agarraba desde abajo, por el cuerpo, la tendría por un segundo o menos, un instante y a volar otra vez, libre de mí y de mi curiosidad.

De mi ánimo predador.

Amaba a las mariposas, las quería tocar para volverme un poco así, liviana, un poco luz.

Es el riesgo del amor, de la vida, de la curiosidad, del cuerpo y de su eros. Que todo el tiempo cambia. Lo que hacía tenía consecuencias sobre lo que me rodeaba. Es algo que nunca termino de aprender y es algo que me importa y sé que las condiciones se actualizan todo el tiempo, que hay un equilibrio provisorio que una vez que pesqué, cambió. Y así, la vida, a lo mejor consiste en refrenar el propio impulso de destrucción sobre lo demás. Y así el lazo con lo demás abre paso a la vida y a la muerte como una posibilidad. Lo demás es parte de mí y yo soy parte de lo demás: no hace falta que te preguntes por quién doblan las campanas, doblan por vos, citaba hace poco un amigo a Hemingway.



Las palabras no son nada si no conectan con otras palabras. Si algo no trasvasa de unas a otras, si no entran en el ritmo de la vida, de la respiración de un cuerpo que las atrapa con delicadeza. Si las dejamos fijas se vuelven torpes, dejan de decir algo a alguien, incluso a una misma. Las palabras hacen una comunidad viva que relampaguea y se mueve, trae y lleva, hace y deshace figuras, formas, arquitecturas.

Las palabras como los insectos requieren una tecnología de la delicadeza, conviene apresarlas y soltarlas antes de quitarles ese polvo vital que les da el peso y la consistencia justa para moverse. Esa tecnología se llama escribir. Las palabras existen antes de que una persona escriba, no son

suyas, las toma prestadas, toma un poco de vida de esas vidas, las deja trabajar con soltura y margen de maniobra en su medio: el aire.

En el papel, en la pantalla, queda la marca leve de patitas para acomodar, mover, cambiar, articular, probar combinaciones y equilibrio y que —en algún momento que nunca se sabe— se revele la forma secreta de un texto escrito vaya a saber cuándo. Escribimos algo que ya fue escrito en otra parte, no es nuestro.

Nadie es dueño de las palabras, aunque a veces te hagan creer que hay que pedir permiso para entrar. Las palabras tampoco te piden permiso cuando te tocan. Cuando viene una es seguro que vienen más y te pueden arrastrar hasta lugares que no sabías que tenías. De modo que esas arquitecturas multiformes y de materias que imaginamos estables son móviles, algo trasvasa siempre.

Nadie es dueño de los pensamientos, aunque a veces por pereza resulte más fácil decirle a alguien qué pensar y para qué en vez de hacerle un espacio para que pueda recibir con sigilo la visita de una buena idea.

Las palabras y los pensamientos se atraen, germinan y engendran palabras y pensamientos: controlá tu plaga, decía otra amiga en un poema. Todo no se puede y la materia sumamente evanescente de la que están hechas unas y otros necesita espacio. El silencio les da ocasión de belleza y florecimiento. Necesitan conectar con su espíritu salvaje, que es como decir que necesitan de lo indomable para soltar ese perfume que te impregna hasta el tuétano y te deja colgada, en estado de gracia, porque cada forma es única y distinta, porque no son nomenclaturas de un catálogo en serie, desarticulado, inerte.

Lo que te captura puede ser un evento imprevisto.

Hace unos meses tuve que ir a la librería de Eduvin en Córdoba a buscar ejemplares de un libro mío. Es preciosa, pero sin ese motivo no hubiera ido. Queda lejos de mi casa, lejos del circuito de las otras librerías que me gustan. Cuando llegué me atendió un librero muy joven, charlamos, miré, levanté un libro. Me dijo que no lo había leído pero que otro libro de esa autora le había encantado. No era novela, no era poesía. Igual lo compré. Después supe que era algo de filosofía de la ciencia pero incluso no estoy segura de poder encerrarlo en ninguna categoría y justamente creo que eso es lo que me encantó, el libro se llama *Habitar como pájaro* y es de la autora belga Vinciane Despret. Lo leí, fue un hallazgo feliz. Lo cuento porque hay algo de cómo alguien se encuentra con un libro que es del orden de la contingencia. Atendés una conversación, la recomendación a veces es un desvío y hacés lugar a lo que no esperabas. El libro se cruza en tu vida, brilla como insecto en el yuyal.

Lo que quiero decir es: la contingencia importa.

Y es un imprevisto.

Habitar como pájaro es sobre la poética de la atención y no podría nombrarse mejor la manera en que a veces llega un libro a un lector. La poética de la atención recibe con cortesía las más ínfimas singularidades. El mundo está lleno de excepciones y esa disponibilidad a agudizar la percepción para salir de los lugares comunes, tomar el riesgo de no saber por qué algo te habla, te concierne, es un plano muy olvidado cuando se habla de lectura. Un plano que podríamos llamar intuición o poética de la atención.



Atender de los libros el contexto. Cómo llegan, dónde, cuándo. Como ese día en la librería, sin saber nada del librero, de su vida y, sin embargo, muchas cosas hablaron. La manera en que estaba sentado, el tono de voz jovial, la mirada, la postura del cuerpo, el entusiasmo genuino sobre su descubrimiento de una autora.

Leer es también reconocer la manera en que otros seres son portadores de atenciones.

De eso trata el libro de Despret. Entrar en una relación con la lengua que incluye lo que hay además de la lengua.

Bernie Krause, compositor y especialista en bioacústica, registró en la década de los 60, paisajes sonoros para entender cómo los animales componen juntos y cómo componen con lo que los rodea, el viento, el agua, los otros organismos, los movimientos de la vegetación; cómo esos animales crean silencios que van a construir el acorde, cómo reparten frecuencias; cómo se conciertan.

Como el poema de Franco Rivero:

Pulso

la armonía es escuchar que un grillo

no se superpone a un sapo

ni a una rana

y uno entiende

sin dificultad

sapo

rana

grillo

Bernie Krause registró cada frecuencia sonora en espectrogramas: los insectos ocupan bandas específicas, mientras que pájaros, mamíferos, anfibios y reptiles, adoptan otras, atentos a no yuxtaponerse ni taparse mutuamente. Dice, Despret, los miembros de la comunidad acústica vocalizan en afinidad. Cada territorio se define por la musicalidad social.

A lo mejor componemos con palabras algo que necesita articular escucha con lo otro, a lo mejor si escribir es poner la lengua en silencio, eso sea parte de una tecnología de la

delicadeza que nos invita a ser oportuno en las maneras de invitar a concertar intercambios sonoros. A lo mejor la literatura sea un mismo largo canto que recibe nuevos timbres y sonidos y hay espacio para que alguien entre y salga atento a la forma de esa comunidad musical.

Yo creo que la literatura es una conversación, que nadie necesita permiso para entrar, aunque es recomendable atender la manera en que se potencia el sonido propio después de ser afectado por los otros sonidos que componen la colectividad de lectura y escritura. Pescá el registro oportuno para enlazarte a la urdimbre, afiná o desafiná en tus términos a cuenta y riego.

Cuando lees entrás en una relación con el tiempo que es muy diferente del tiempo lineal. Es un tiempo que profundiza la atención. Se detiene a voluntad del lector. Encontrás tu ritmo y también te acompasás a la música que te propone el libro, a su velocidad.

Como la mariposa en la planta.

El momento en el que apareció el lenguaje que hablamos los humanos se inventó el pasado y el pasado engendró el futuro. El futuro está hecho de ilusión. Ilusión de control. De anticipación y previsión. Es una ilusión que nos alivia, creemos que entendemos como sigue la cosa.

¿Entendemos?

Laura Escudero

Ministerio de Educación de la Nación
Buenos Aires, diciembre 2022

Laura Escudero Tobler

Córdoba, Argentina. Escritora. Se especializó en el campo de la literatura para niños a partir de su trabajo en CEDILIJ, Centro de Investigación y Difusión de Literatura Infantil y Juvenil. Master en Promoción de la Lectura de la Universidad de Castilla La Mancha (CEPLI), es formadora de formadores en su provincia. Con su obra literaria ganó dos veces el premio Barco de Vapor en Argentina y el Premio Hispanoamericano de poesía para niños en México.

Para seguir leyendo a Laura Escudero Tobler recomendamos, entre otras, algunas de sus obras:

Ema y el silencio (Poesía para niños)

El camino de la luna (Cuento de amor para niños)

Encuentro con Flo (Novela para adolescentes)

Los parientes impostores (Novela para adolescentes)

La noche de las cosas (Novela para adultos)